

Selección RNR

MARISA SICILIA

*El juego
de la
inocencia*

*Finalista del IV Certamen de novela romántica
Vergara-RNR*



El juego de la inocencia (Selección RNR) Sicilia,
(Spanish Edition) Marisa

EL JUEGO DE LA INOCEN- CIA

Marisa Sicilia

1.ª edición: febrero, 2014

© 2014 Marisa Sicilia

© Ediciones B, S. A., 2014

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Depósito Legal: B. 4.607-2014

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-473-7

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

A Antonio, que me inspira

"Porque es preciso no engañarse; ese encanto que se cree hallar en los otros existe en nosotros; el amor es el que hermosea el objeto amado"

Choderlos de Laclos, Las amistades peligrosas.

Contenido

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Cita

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

EPÍLOGO

NOTA HISTÓRICA

AGRADECIMIENTOS

I

Louis Edmond de Argenteuil La Rochelle, vizconde de Tremaine, caballero de la orden de Saint-Sprit y señor de Valdecourt y Chenerailles, por citar solo algunos de sus muchos títulos, esperaba con las manos extendidas a que su lacayo le pasase la toalla con la que secarse el rostro tras sus abluciones matutinas.

En realidad el paño estaba justo a su derecha y habría bastado con que Louis se girase muy ligeramente para tenerlo a su alcance y, sin embargo, prefería esperar a que fuese Pierre quien se lo tendiese para proceder a su aseo. Ni siquiera se trataba de una decisión meditada, era solo la fuerza de la costumbre.

Louis se secó con parsimonia y volvió a extender los brazos para que Pierre le vistiese con la camisa, le acomodase la levita y le calzase las medias y los escaarpines. Cuando terminó con su atuendo fue a por una de sus pelucas, la ajustó con cuidado en la cabeza de Louis y procedió a esparcir polvos de arroz por su rostro para dotarlo de una palidez elegante y adecuada.

Una vez Pierre dio por concluida su obra, Louis se volvió hacia el espejo y se complació con lo que vio. La levita mostaza con festones dorados era magnífica y la palidez daba un matiz aún más frío a su rostro. Sus facciones eran angulosas y no del todo formadas, ya que Louis recién había cumplido veintiún años, pero en su rostro juvenil e indolente ya destacaban algunos rasgos. Las pestañas rubias, claras y desdibujadas, los ojos de transparente iris azul pálido, la mirada con frecuencia acompañada de soberbia pero

viva e inteligente. Y sobre el conjunto destacaban sus labios, gruesos y, a decir de muchos, groseros, más acostumbrados a las muecas de desprecio que a las sonrisas, y sin embargo manifiestamente libidinosos y sensuales.

Sí, Louis tenía justo el aspecto con el que pretendía mostrarse. Un aristócrata joven, ocioso, libertino y hedonista. ¿Y es que acaso la vida estaba hecha para algo más que su disfrute?

No obstante, hoy no era uno de esos días en los que Louis pensaba sacar más partido de la vida. Tenía concertado un encuentro con su tío paterno y tutor legal, Eustache de Argenteuil, conde de Bearnés. No era la ocupación con la que habría preferido perder el tiempo.

El padre de Louis había muerto pisoteado por un caballo cuando él tenía tres años. A su madre se la había llevado la tisis cuando no había cumplido ni los ocho. La recordaba vagamente vencida en su lecho, su habitación estaba siempre a oscuras, olía a enfermedad y corrupción. Su madre le llamaba implorante y le pedía que se acercase, pero los accesos de tos la interrumpían, se ahogaba y escupía sangre. Louis se soltaba de la mano de su aya para escapar al jardín y sentir de nuevo el calor del sol en el rostro. No recordaba haber llorado ni cuando la vieja Manon le comunicó su muerte.

Su tío ejerció la tutoría con rigidez y distanciamiento. Louis tuvo los mejores preceptores, severos y rigurosos, prestos a poner en práctica aquello de que la letra con sangre entra. El joven Louis soportaba mal los varazos y palmatazos, pues nunca fue aplicado ni dado al estudio, y se tragaba las lágrimas como buenamente podía. Por fin, un día, sus estudios se dieron por concluidos. Louis cumplió los dieciséis y como recompensa su tío le cedió la administra-

ción y el dominio del vizcondado de Tremaine y le asignó una renta anual de tres mil ducados.

La vida comenzó entonces para Louis.

Dio buen uso de los tres mil ducados y a decir verdad no le sobraba nunca ni un franco, es más, con frecuencia se veía obligado a pedir sumas extras a su tío. Normalmente acababa por concedérselo, habría sido indigno que un Argenteuil no cumpliera a tiempo con sus compromisos, pero a cambio tenía que soportar sus enervantes reprimendas. Una burda molestia. Además su tío no perdía ocasión de recriminar a Louis su ociosidad y su comportamiento. Louis lo despreciaba. Actuaba como un mediocre burgués. Le parecía cargante y anticuado.

El conde de Bearnés solía hacer vida retirada de la corte. Ocupaba su tiempo en reyertas con campesinos y arrendatarios. En sus encuentros de rigor abrumaba a Louis con pesadas charlas sobre el rendimiento de las tierras, nuevas cláusulas de aparcería y mejoradas técnicas de cultivo. Louis no disimulaba su tedio y su tío, el conde, le manifestaba su disgusto con inacabables discursos y reproches.

A Louis aquello le resbalaba. Le fastidiaba, pero no le calaba. Solo tenía que esperar a cumplir los veinticinco para recibir su herencia al completo y su situación en la corte no podía ser más aventajada. Era uña y carne con François Garnier, íntimo de la Du Barry, y no descartaba que la misma Marie Antoinette le invitase algún día no muy lejano a una de sus apreciadas fiestas pastoriles. Louis ya saboreaba el triunfo y se imaginaba gozando del honor de compartir lecho con su majestad, la reina.

Por el cristal de la ventanilla de su carroza divisó el perfil del palacio de Bearnés. Era un imponente conjunto de edificios de estilo renacentista y cierto aire italiano, influencia

del arquitecto toscano que algún bisabuelo de Louis había hecho traer expresamente para su construcción. Era mucho más grande y señorial que Tremaine y desde luego más impresionante. A Louis le mataba la envidia cada vez que lo visitaba.

Aquel día había mucha actividad en el exterior. Cuadrillas de obreros se afanaban en los jardines. Louis sonrió. El viejo había sucumbido por fin a la frivolidad y estaba llenando la mansión de fuentes y rotondas. Un nuevo y pequeño Versalles. No podía reprochárselo. Él mismo se había gastado la nada desdeñable cifra de ciento setenta y cinco mil francos adecentando Tremaine, y habría sido mucho más si la mezquindad de su tío no lo hubiese frenado.

La carroza se detuvo y un lacayo acudió a abrirle la puerta. Louis se bajó y contempló la fachada con aire de futuro propietario. En verdad Bearnese no estaba nada mal, sus líneas clásicas conjugaban elegancia y tradición en perfecta armonía, y además se hallaba extraordinariamente bien situado, a un paso de París y a tiro de piedra del Trianon. Sí, un lugar maravilloso del que disfrutaba el necio de su tío.

Mientras avanzaba por las galerías enceradas, Louis se complacía en pensar que algún día todo aquello sería suyo. La condesa, una mujer insignificante, triste y seca, había tenido solo embarazos malogrados uno tras otro. En cuanto su tío Eustache falleciese, Louis lo heredaría todo. Si hubiese tenido fe en algo más que el poder y las intrigas habría rogado al Señor por que tuviese la deferencia de no hacerle esperar demasiado. Pero conforme exigían las modas, Louis era rigurosamente ateo. Aunque por supuesto en cuanto gozase de su herencia se encargaría de anotar en su legado espléndidas donaciones a la iglesia. Por si acaso...

Un lacayo de espalda encorvada le saludó dificultosamente y se encargó de abrirle las puertas y de anunciarle.

—Su ilustrísima excelencia, el vizconde de Tremaine.

Louis cruzó la amplia sala con la barbilla alta y la desenvoltura que le proporcionaba frecuentar los mejores salones de París y sonrió cordial a su tío. También estaba familiarizado con la hipocresía.

—Buenos días, querido tío. ¿Cómo os encontráis? Espero que esas molestias pasajeras de las que me hablasteis hayan cesado. Os veo francamente bien...

Louis no mentía. Había examinado cuidadosamente el aspecto de su tío buscando señales de ictericia, llagas o tumores, cualquier cosa le habría valido, pero el maldito carcamal lucía tan duro y resistente como siempre. Su peluca vieja y gris, su mentón mal afeitado, su piel cetrina y arrugada como la de un labrador... Louis a veces se horrorizaba pensando que pudiese acabar por parecerse a él. No, tal cosa no era posible.

—Luces ridículo, sobrino. Pareces una muñeca adornado con tantos lazos. Si tu padre se levantase de la tumba se avergonzaría de ti.

Su tío siempre era igual de afectuoso con él. Louis sonrió forzado. Podría haber optado por un vestuario más discreto. No ignoraba la inquina de su tío por los adornos que eran comunes en la corte, pero Louis era un fiel seguidor de las modas y no iba a ceder en sus costumbres solo por darle ese gusto al cafre de su tío.

—Siento que no os guste mi aspecto, tío.

—No me gusta nada de ti, Louis. Si no fuese por el respeto que me merecía tu pobre madre dudaría incluso de que fueras mi sobrino.

Louis volvió a estirar sus labios en una fría sonrisa. Si hubiese estado en su círculo habitual habría tomado un pellizco de rapé y habría devuelto el insulto con crueldad y agudeza. Pero no tenía sentido perder el tiempo con chanzas a costa de su tío. No sin más público que lo presenciara.

—Os subiré la tensión y nada odiaría más que alterar vuestra salud. ¿Para qué queríais verme, tío? Si es por los trescientos luises que os solicité en mi última carta no necesitabais molestaros. Bastaba con que hubieseis mandado un pagaré a mi cambista.

Su tío frunció el ceño. Era terriblemente avaro y Louis sabía que nada le molestaba más que el hecho de que le pidiera dinero. Era algo inevitable. Su renta era miserablemente mezquina y solo el mantenimiento de los veinte sirvientes entre lacayos y doncellas que Louis necesitaba para ser atendido adecuadamente, ya consumía esa cifra. Y también tenía que sufragar numerosos gastos. Sin ir más lejos, esta misma semana había encargado un florete nuevo, con la empuñadura guarnecida con perlas y filigrana de plata y el acero más flexible que podía obtenerse en todo París. Tenía más de una docena aunque jamás había usado ninguno, pero se lo había visto al duque de Verlain y no se había resistido a encargarse otro igual. Además, le había prometido a Madame de Faberge un relicario de marfil para sustituir el que rompieron cuando la volcó un tanto impetuosamente sobre la cómoda de su dormitorio. En puridad no creía que Madame de Faberge tuviese queja de su comportamiento, no le había puesto el más mínimo reparo y se había mostrado la mar de satisfecha, pero el original era una pieza exquisita y le había sabido mal no haber tenido un poco más de cuidado.

—¿Dinero? Voy a darte una mala noticia, sobrino. No pienso darte un franco más.

El rostro de Louis se contrajo. Una cosa era hacer una gracia y otra bromear sobre algo tan serio.

—No entiendo de qué me habláis, tío.

—¿No lo entiendes, eh? —gruñó el viejo Eustache—. ¡El señor de Vailles me dijo que te había pedido audiencia por tres veces este mes para tratar sobre los arrendamientos y que se había pasado toda la mañana esperando sin que le hubieses recibido!

Louis hizo memoria. Recordaba fugazmente al señor de Vailles, un hombrecillo insignificante que vestía de negro y le hablaba de quintales de trigo y fanegas de terreno. Si llegó a concertar con él audiencia alguna había quedado olvidada y había preferido dormir hasta que el sol estaba bien alto en el cielo. Si al levantarse se encontró con que su ayuda de cámara le anunciaba que se había marchado tras esperarle en vano, no lo había lamentado. Ahora recordaba también que el tal Vailles venía especialmente recomendado por su tío. Una contrariedad.

—Pero, ilustrísima, sin duda se trata de un malentendido. Escribiré al señor de Vailles y le recibiré con sumo gusto.

—¡Le recibirás! ¡Tendrás que ir a verlo y suplicar sus disculpas!

—¿Disculparme? —bufó Louis—. No es más que un labrador venido a más...

—¿Un labrador? ¡Si dedicarse a sacar provecho de los campos es ser un labrador, yo también soy un labrador! ¡Y a mucha honra! ¿Pero qué eres tú? ¡Un mequetrefe cubierto de encajes y brocados!

Louis iba a protestar o tal vez a volver a manifestar su desprecio por todos los que ejercían algún tipo de trabajo manual, aunque lo cierto era que su tío jamás había realizado trabajo físico alguno. Solo se encargaba de que otros lo realizasen, pero eso sí, se encargaba personalmente.

A Louis aquellas minucias le hastiaban y había despedido a varios administradores por molestarle con naderías. Por eso ahora no tenía ninguno. Su tío se le adelantó antes de que Louis se explicase y le hizo guardar silencio.

—Me he cansado de ser paciente contigo, Louis. Lo he intentado por la memoria de mi difunto hermano, pero estoy convencido de que eres una nulidad. Tu ineptitud me ha hecho tomar una decisión que llevaba un tiempo meditando. Desde que murió Euphone he estado dándole vueltas a la idea de volver a casarme y por fin me he decidido. Ya he encontrado a la que será mi nueva esposa. Es joven y espero que me dé muchos hijos. Bastará con uno solo, siempre que no sea tan inútil como tú. Así que despídete de heredar, Louis. Y da gracias a que te mantenga la asignación de tres mil ducados. Ahora voy a tener muchos gastos.

Louis se quedó mudo y cuando recuperó el uso de su voz lo hizo tartamudeando.

—Pe... pe... pero qué decís... ¿Cómo qué vais a casaros? ¿Y qué hay de mi herencia? ¡No podéis hacer eso! ¡Exijo que me entreguéis los bienes que me corresponden!

—¡En cinco años has gastado seis veces más de lo que te corresponde! ¡Has dejado los campos yermos y sin cultivar! ¡Has malgastado mi dinero! ¡Has malvendido las joyas de tu madre! ¡Me has chupado la sangre, pero eso ya se ha acabado! ¡Tengo que pensar en mi esposa y en mi futuro o